

HABIB BOURGUIBA: *La Tunisie et la France*. René Julliard, París, 1954, 462 págs. 1.000 francos.

Si en la evolución general de todo Africa del Norte nadie puede dudar ya de que Túnez ocupe la delantera y sea su punto más sensible, tampoco puede dejarse de considerar como un hecho indudable el de que la figura de Habib Burquiba (cuyo nombre se ve escrito Bourguiba y Bourghiba en textos franceses) sea ahora la principal de Tunicia y en parte de todo el Maghreb. Esto se debe en gran parte a que él con su partido Neo-Destur ha llegado a ocupar el punto clave de una evolución que iniciada en Túnez, precisamente después de la primera guerra mundial, fué después ganando los otros territorios norteafricanos, pero también a que es un factor esencial la personalidad del mismo Habib Burquiba. Políticamente dicha personalidad ha destacado como factor principal en la trayectoria de todo el movimiento nacional y nacionalista, hasta el punto de haber llegado a hacer de él respecto a la potencia que ejerce el protectorado el único interlocutor posible y necesario, «celui sans lequel aucune solution sérieuse n'est concevable» como se ha escrito exactamente. Pero esto no tiene en cuenta lo que su acción pública debe a sus cualidades personales. Pues todos, amigos y enemigos, los que defienden sus tesis y los que le atacan, tienen que reconocer su honradez intelectual, su empeño de lealtad y su desinterés personal.

Eso es más notable por cuanto la personalidad del jefe del Neo-Destur no se ha impuesto sin luchas, pues a lo largo de una carrera larga y agitada tuvo que soportar por una parte la desconfianza e incomprensión de muchos franceses que veían en él un exaltado adversario de lo francés e incluso lo llamado «Occidental en general», mientras que del lado tunecino fueron siempre frecuentes las críticas de los partidarios de un retorno a la independencia total e inme-

diata que por la moderación de Burquiba le acusaban de romper la unidad tunecina y casi de traición. En realidad lo que le pasaba a Burquiba es que desdeñando los arrebatos alternativos de indignación exaltada y decepción resignada, a que tan propicios son los pueblos meridionales y mediterráneos que se ven políticamente sujetos, se empeñó siempre en mantener una línea recta que se ajustase a las realidades y posibilidades; no pidiendo sino aquello que se podía conseguir, pero al mismo tiempo no cejando nunca en tal petición.

Y lo más original en tal táctica fué que dejando a un lado la crítica estéril hecha de quejas contra las injusticias sueltas producidas por las trasgresiones del derecho que siempre lleva consigo todo sistema más o menos colonial, Burquiba se preocupó siempre de remontar los efectos a las causas; de buscar por detrás de las injusticias exteriormente visibles los móviles profundos de la acción colonial que las determinaba, con el propósito de oponerse a ellos por la no-aceptación.

Esta manera cerebral de concebir la lucha política, de buscar para ello vías prácticas, de asegurarle garantías de etapas cuidadosas y de posibilidades de éxitos tangibles, quedará como la contribución personal de Burquiba a la emancipación de su país. Dicha manera es lo que ha llegado a dar al nacionalismo tunecino su gran originalidad, lo que flexibilizando al Neo-Destur como expresión de vanguardia de dicho nacionalismo permitió siempre salir intacto de las represiones y las depresiones.

Ha habido, por tanto, en el neo-desturiano, desde 1934 hasta 1955, una notable unidad y continuidad de acción, que ha sido a su vez reflejo de la unidad de acción que su fundador y presidente, Habib Burquiba, manifestaba ya desde 1932. Las líneas generales de la proclamación de lo que él creía la verdad política local no variaron nunca; y esa firmeza del fondo coexistía con una flexibilidad en las formas que le hizo siempre buscar los caminos más posibles y conciliadores. Para seguir la evolución tunecina es, por tanto, indispensable conocer la palabra de Burquiba, cuyo núcleo más extenso es el de su producción en lengua francesa, tanto en artículos de Prensa y discursos, como en entrevistas, conferencias de Prensa y cartas particulares. De lo cual una especie de antología ordenada fué publicada en París a fines del pasado 1954 por la delegación del Neo-Destur en Francia con el título *La Tunisie et la France* y el subtítulo de *Veinte años de lucha por una cooperación libre*.

Ahora ha llegado dicha obra hasta Madrid, precisamente en el verano de 1955, durante el cual el comienzo de aplicación de los acuerdos oficiales de los gobiernos francés y tunecino para el nuevo sistema de autonomía interna ha de probar su capacidad de resistencia a las muchas dificultades que aun le amenazan. Este experimento será sin duda el último de todos los que hasta ahora se intentaron, y si por uno u otro motivo, tal intento fracasase, los tunecinos podrían llegar a creer agotado su «contenido de buena voluntad y paciencia» y lanzarse decididamente a buscar soluciones extremistas violentas. Es, por tanto, la hora del Neo-Destur, y todo el porvenir de Tunicia (e incluso gran parte del Africa del Norte) puede depender de la capacidad que los sectores gubernamentales y parlamentarios de París tengan de comprender que en el éxito de la consolidación de las fórmulas moderadas de transición de Burquiba hay perspectivas más sólidas que en las medidas de fuerza. Es decir, que si sigue actuando Burquiba, todo podría cambiar radicalmente en sentido evolucionista, por eso la antología de su obra llegó ahora con la mayor oportunidad del momento y del valor documental.

Los textos recogidos comprenden desde 1933 al final de 1954, y se subdividen en cuatro grandes apartados por orden cronológico. El primero se refiere a lo que el libro denomina «Período heroico», es decir, el de la formación neo-desturiana interrumpida por represiones. El segundo trata del primer experimento tunecino abortado en 1936. El tercero de maduración de los proyectos de un nuevo régimen entre 1939 y 1949. El cuarto, del segundo experimento tunecino que también fracasó entre 1949 y diciembre de 1951. Por último, en la quinta parte y bajo el título de «La marcha hacia la liberación», se recogen los textos esenciales que Burquiba difundió desde enero de 1952, la mayor parte desde sitios de detención o de destierro. En todos se pone de relieve lo continuo de su línea política, que siempre se propuso unos objetivos moderados en los cuales se concilian las aspiraciones de los tunecinos a la soberanía con los deseos de Francia de mantener su seguridad sobre las costas norteafricanas. Y es lo más curioso leer cómo él llega incluso a articular dentro de sus deseos de buena colaboración con Francia hasta el concepto de la independencia, sobre el cual afirma que no ha de temerse a la palabra, sino darle su sentido de «Coopération dans la liberté» de Estados soberanos y pueblos libres.

Aparte de todo lo referente al libro reseñado, queda en el ánimo de los lectores que conocemos personalmente a Burquiba y a los tunecinos en contacto con él, el recuerdo vivísimo de un factor humano latente que es esencial para dar a los textos escritos sus exactas proporciones de efectos e irradiación. Se trata de lo evidente de su sugestión personal de la palabra, el gesto y el ímpetu verbal, que obran, tanto por su elocuencia cálida, como por la certeza de que proceden de una convicción firme. Así se comprende que si Habib Burquiba ha sido el primero en su país que supo arrastrar todos los sectores del pueblo, esto no lo logró sólo por motivos técnicos y oportunos, sino porque el pueblo ha visto en él un ejemplo vivo de entusiasmo y sacrificio.

RODOLFO GIL BENUMEYA

CHEIKH ANTA DIOP: *Nations Nègres et Culture*. 387 págs, 45 láminas. Collections Présence Africaine. París, 1954.

El estudio, análisis e interpretación de las culturas de que ha sido testigo el Continente negro, cuando es verificado por eminentes científicos de raza africana, adquiere un extraordinario valor. Como el autor señala en el prefacio de esta obra meritoria, «resulta indispensable que los africanos se inclinen ante su propia historia y su civilización y las estudien para conocerse mejor». Pero, podemos agregar nosotros, también para que los occidentales podamos llegar al pleno conocimiento de hechos que, pese a reiteradas investigaciones, se nos presentan aún, harto confusos. Y esto es debido fundamentalmente, el abismo mental que nos separa del mundo negro. Por perfecta que sea la preparación técnica del científico occidental, por prolijos que resulten sus trabajos, en materia de culturas negras siempre existe algo que escapa a su posibilidad de observación; algo inaprehensible que sólo puede ser captado por hombres de la misma contextura psicológica de los que crearon las pasmosas civilizaciones de Ifé o Benin o, en un plano menos grandioso y espectacular, elaboraron en toda la extensión del Continente formas culturales muy avanzadas. Durante siglos se sustentó el mito de un Africa salvaje, que sólo de sus «bienhechores» occidentales podía esperar el conocimiento de la moral, de la vida mental y de las técnicas laborales. Hoy en

día, el trabajo paciente de los etnólogos, ha puesto al descubierto su compleja organización social, llena de sabiduría, la profundidad filosófica de sus concepciones cosmológicas, el agudo sentido artístico que late en las maravillosas obras descubiertas en diversos territorios, la música, el canto y el folklore riquísimo que poseen. Así, el mito del Africa salvaje ha descubierto su falsedad.

Cheikh Anta Diop divide su obra en dos partes. En la primera, que comprende siete capítulos, estudia la civilización egipcia recopilando los más dispares argumentos etnológicos y lingüísticos para demostrar el origen negro de la raza y la civilización del país del Nilo. Basándose en una amplia información bibliográfica, fuentes clásicas en primer término, verifica un sagaz análisis de los testimonios que apoyan su tesis. El estudio de la cosmogonía egipcia y el de la fenicia le permite afirmar que «ambos son pueblos de origen kusita, es decir negro» (p. 92). De un estudio comparativo concluye que «la identidad de la cultura egipcia y de la cultura negra, o más profundamente aún esta identidad de estructura mental, comprobada por Masson-Oursel hace que la filosofía egipcia no sea sino el reflejo del espíritu negro, que es el rasgo fundamental» (p. 124). «En razón de esta identidad esencial de genio, de cultura y de raza es por lo que todos los negros pueden hoy, legítimamente, vincular su cultura al Egipto antiguo y construir una cultura moderna sobre esta base. Es un contacto dinámico, moderno, con la antigüedad egipcia el que ha de permitir a los negros descubrir, cotidianamente, con mayor nitidez el íntimo parentesco de todos los negros del Continente con el valle madre del Nilo.»

La segunda parte de este interesante volumen comienza por un capítulo dedicado a subrayar la necesidad de desarrollar las lenguas nacionales. El problema del empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza es hoy el objeto de apasionantes debates. Anta Diop alega, muy razonablemente, que «es más eficaz desarrollar una lengua nacional que cultivar artificialmente una lengua extranjera; una enseñanza dada en una lengua materna permitiría evitar años de retraso en la asimilación de conocimientos. Frecuentemente la expresión extranjera es como un compartimento estanco que impide a nuestro espíritu el acceso al contenido de las palabras, que es la realidad». Propone una serie de medidas con tal fin y dedica un capítulo a presentar diversas traducciones que demuestran la posibilidad

de traducir a una lengua africana cualquiera, al valaf en particular, todos los aspectos de la realidad del mundo moderno (conceptos matemáticos, físicos, químicos, literarios, etc.).

Un capítulo posterior lo dedica a «Los problemas del arte africano», concretando a las tentativas que se han hecho para negar al africano, «despojarlo», en expresión del autor, la paternidad espiritual de un arte tan rico como el que ha exhumado el Continente. Podemos reprochar la breve extensión del capítulo, lo que no permite al autor sino una superficial referencia a tema tan interesante —capital, en nuestra opinión—, para la defensa de la tesis que sustenta. Los nutridos estudios consagrados al arte autóctono africano han desvelado aspectos parciales muy valiosos y significativos, pero hace falta un estudio de conjunto acomodado a la mentalidad creadora del negro. Otra gran autoridad científica africana, Alioune Diop, decía que «La subjetividad del negro anima su presencia de un valor que proviene de su genio, de su historia y de su aislamiento» y es, tal vez, en el arte donde el concurso de tan diversos factores se hace más patente. Por esto, y para aclarar conceptos oscuros ante nuestra mente occidental, se requiere que un investigador africano aborde tarea tan compleja.

Termina el volumen con un completo vocabulario comparativo del valaf y del serere, junto con su equivalencia en francés.

En resumen, la obra de Cheikh Anta Diop debe ser saludada con verdadero alborozo por quienes nos dedicamos al estudio de Africa. Señala la iniciación de una etapa en que el investigador africano, formado en las rigurosas técnicas científicas, colabora en el estudio de los problemas vitales del Continente.

JULIO COLA ALBERICH

JEAN MONSTERLET: *El Imperio de Mao Tse Tung*. Madrid, 1955. Libros de Actualidad Política (Editora Nacional). 1 vol, 432 páginas, traducido por Antonio Herreros. 75 pesetas.

Sobre la China comunista es abundante la bibliografía extranjera, pero no la traducida ni menos la española, lo que presta una especie de interés a cualquier obrita relativa a aquel tema, por elemental que pueda ser. Tenemos que decir que nos pareció excelente

la obra del General Chatenet sobre la conquista militar del país por los comunistas en razón a que su autor, técnico en la materia, la escribió desde Europa, pero suficientemente documentado con hechos públicos y presenciados por occidentales. En la sobrecubierta de este libro se dice que su autor ha vivido el relato en la China comunista; pero el texto da entender que se sirve en gran parte de datos, aunque de primera mano, como los misioneros, al fin y al cabo ajenos, y que las áreas y sectores de observación han tenido que ser forzosamente reducidos por varios motivos: la inmensidad de China, el «Telón de Bambú» y la dificultad de estar a la última en un proceso revolucionario cuya evolución supone a cada momento novedades a veces poco previsibles o lógicas. Y esto que el autor, que debió de escribir el libro hacia finales de 1952, le ha añadido notas que alcanzan hasta buena parte de 1954.

La obra es desde el comienzo al final anticomunista; procura, sin embargo, ser objetiva, ya que no desapasionada, enumerando, por ejemplo, el pro y el contra de la reforma agraria y de otras medidas fundamentales del gobierno comunista. La impresión es, sin embargo, rotundamente desfavorable no sólo en cuanto al presente, sino en cuanto al futuro de la China roja por estos motivos: el terror rojo es en la China actual el equivalente de lo que fué en la Rusia de 1919 a 1924. El gobierno estimula sistemáticamente el espionaje como procedimiento de control sobre la población. La reforma agraria ha agotado rápidamente el período de concesiones a los campesinos para convertirlos en siervos de un nuevo y más poderoso amo: el Estado. El sistema fiscal es antieconómico y ahuyenta toda iniciativa privada, incluso de índole colectiva. La industrialización se ha concebido en función de los planes rusos y para beneficio de la U. R. S. S. El monopolio estatal del comercio ha estrangulado mucho más el tráfico exterior vital para el país que todos los bloqueos extranjeros. La familia está siendo pulverizada y la persecución contra las Iglesias crea un hueco moral que el marxismo llena trasmutando el alma de un pueblo tan espiritualista como el chino en una masa de pasiones negativas hacia el prójimo y en una absoluta simplicidad mental respecto de los gobernantes, a los que se debe obediencia ciega. Esto explica que con un país de inmensos recursos casi inexplorado, las dotes de movilización de las masas que encierra todo régimen comunista, hayan hecho aparecer en el horizonte asiático y aún en el

mundial, un nuevo factor colosal que amenaza y desequilibra el sistema diplomático del lejano Oriente, porque hambriento, aterrorizado y maltratado, el chino no por ello deja de combatir al servicio del equipo político de Pekín.

Este es el libro. No nos creemos autorizados para enfrentar a lo que dice un criterio contrario. En todo caso nos tememos que aun siendo exacto el autor en su disección moral del comunismo, haya sido demasiado optimista al esperar la bancarrota de un régimen que va aprendiendo de sus propios errores para perfeccionar su técnica bolchevizante.

J. M. C. T.

NOTICIA DE LIBROS

